

EL SER Y LO FEMENINO EN LA CONCEPCIÓN DE WINNICOTT¹

Carmen Labarthe Proaño*

Fue con indecible sufrimiento que mi paciente, de 35 años de edad, pudo alcanzar el sentido del ser al cabo de cuatro años de análisis. Retraída e insomne, incapaz de tragar bocado durante meses y presa de terribles dolores de estómago y dolores de cabeza, no le había quedado otra opción que venir a la consulta. Estaba ante la disyuntiva del análisis o el despido del puesto que ocupaba. Berta acariciaba la idea de que el tratamiento duraría únicamente algunos meses. Lo que en realidad la animaba era venir a mi consulta en horario de trabajo y ése era el motivo por el cual venía. En una oficina abierta, sin separaciones ni tabiques, Berta ocupaba una mesa entre muchos otros que, según ella, la invadían. Sentía que sus colegas la espiaban incesantemente y que se burlaban de ella. Les había advertido que no debían acercársele y que debían dirigirse a ella únicamente a través de memorandos. No toleraba que nadie se le acercara y tampoco entendía por qué su reserva desconcertaba a los demás. Hija única, llevaba sin ver a sus padres diez años, desde la fecha en la que había decidido trasladarse a Londres, dejando atrás el caos y la superficialidad que imperaban en el hogar, aún cuando su madre fingía que todo era dicha. El padre ausente centraba sus actividades fuera de la casa.

Berta se imaginaba sin órganos. Creía que no tenía hígado, ni corazón, ni cerebro ni pulmones. Le costaba creer que era humana, que dentro de ella pudiera haber una armazón de huesos o que la sangre pudiera correr por sus venas. Creía únicamente en los aspectos corporales externos como su cabellera o sus pies y manos. Aborrecía ir al médico porque la trataba como si tuviera órganos y osaba recetarle remedios. Cuando el doctor le dijo que podía estar padeciendo gastritis y añadió que debía hacer exámenes ulteriores para ver si tenía úlceras, Berta pensó en cómo demonios iba ella, que ni siquiera tenía estómago, a tener

* Miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Psicoanalista con función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.
<labarthe.carmen@gmail.com>

1. Trabajo presentado en el LI Congreso IPA, Londres 2019.

úlceras. También le sorprendió que el psiquiatra le recetara antidepresivos, como si su cabeza respondiera a un sistema eléctrico y como si su cuerpo pudiera reducirse a un mecanismo neurológico. Sentía que el relleno de su cuerpo era de algodón y lana y que no había motivo que justificara los exámenes de los médicos.

En la transferencia conmigo, la sentí desde el principio distante y retraída, una suerte de autómatas que repetía el mismo tema sin cesar, con lo cual impedía cualquier acceso que le hubiera permitido explorar lo que de veras sentía interiormente. Rechazaba tajantemente toda intervención mía. Mis palabras, afirmaba de modo rotundo, no desencadenaban en ella ni pensamiento ni sentimiento alguno. En otras ocasiones, permanecía sin responder, encerrada en silencio absoluto. A menudo me sentía irritada y fastidiada y pensaba que tal vez ella también quería comunicarse conmigo a través de memorandos. Conservo recuerdos vívidos de los lapsos de silencio en los que se sumía mientras yo me preguntaba quién le había arrebatado el alma y la había dejado incapaz de sentir. Mediante el silencio que imponía, ella me transmitía con voluntad férrea una sola idea: “¡No se te ocurra atreverte a decirme nada”. Yo solía guardar silencio junto a ella, escuchando su propio silencio, con la esperanza de que en algún momento ella tal vez lograría percibir que yo estaba allí, escuchando. Junto con los sentimientos de fastidio e irritación, también me preocupaba el riesgo que su retraimiento entrañaba.

Transcurrieron varios meses en los que ambas guardamos silencio. Algo me indicaba, no obstante, que yo debía limitarme a estar allí para mi paciente si eso era lo que ella necesitaba de mí. Suspendida en el silencio absoluto, me daba cuenta de que el sonido más leve, el movimiento mínimo o los sonidos vagamente perceptibles de la calle tenían el efecto de interrumpir el hilo del pensamiento de Berta. Con el mayor cuidado velé por que el encuadre en el que ella se sumía no se modificara en absoluto. Tras saludarme cortésmente al llegar, tomaba asiento y se llevaba las manos a la cara cubriéndosela, delimitando su terreno y subrayando la distancia que la separaba de mí, como si trajera consigo su propio encuadre. Se quedaba inmóvil durante la sesión entera. Si yo le hablaba o le hacía alguna pregunta, respondía con monosílabos, y si ella quería decir algo sobre su trabajo se cubría el rostro íntegramente al hablar, sin mirarme siquiera.

Cuando yo intentaba preguntarle por sus dolencias físicas, expresaba fastidio con un resoplido. Repetía una y otra vez que tenía el cuerpo relleno de algodón y lana, idea que finalmente acepté. Me preguntaba lo que significaba para el psiquismo de Berta tener un cuerpo relleno de lana y algodón. ¿Tenía ante mí un psiquismo inerte, incapaz de representación? Me preguntaba en silencio qué sentido otorgar a lo que Berta comunicaba a través del silencio absoluto. ¿Qué intentaba transmitir ella mediante esa falsa idea de su cuerpo? Pensé que si yo, por mi parte, albergaba la esperanza de que ella me descubriera como analista, ella, por su parte, también deseaba que yo lograra escudriñar lo que ocurría en

su interior. Elegí no forzarla a comprender lo que estaba ocurriendo. Tuve que hacer frente paulatinamente en mi propia contratransferencia a la angustia de no saber y a la angustia de tener que esperar el tiempo que fuera necesario para ella sin invasión de mi parte.

Pensaba a menudo que Berta transmitía la sensación de absoluto retraimiento, de ser una persona ausente. Un día, mientras me dejaba llevar por mis asociaciones en una sesión, me vino a la mente el relleno de los animales de peluche con los que los niños se acurrucan cuando se sienten solos o tienen miedo. De pronto me atreví a decirle a mi paciente, tras varios meses de silencio, que tal vez se sentía por dentro como esos ositos de peluche y esos animalitos rellenos de algodón y lana que la protegían en su soledad, como en el caso de los niños pequeños que se sienten protegidos por sus ositos de peluche cuando se sienten solos. Me pregunté si sus animalitos de peluche le habían servido de consuelo cuando ella era pequeña. Sentí que esa intervención/observación, que se había originado muy dentro de mí, me había tomado por sorpresa.

Quedé igualmente sorprendida por el poderoso efecto que mi intervención tuvo en Berta. Volvió el rostro hacia arriba y me miró por primera vez sonriendo. Contestó que sí y era un sí rebosante de vida y emoción. ¡Se le iluminó el rostro al decirme que tenía diez ositos de peluche! Los había tenido desde los seis años. Comenzó a contarme espontáneamente los relatos de Rupert el oso y de Winnie the Pooh, también llamado Pooh bear, y de las fantasías que tenía con ellos. Un osito estaba sobre su cama y dos en el sofá junto al televisor. Al pasar junto a ellos les acariciaba la cabeza. Dejaba que los brazos de un osito se le enroscaran en el cuello y lo cargaba amorosa. Tenía a los demás ositos en una repisa. Añadió que disfrutaba leyendo distintos relatos cuyos protagonistas eran osos y dejándose llevar por fantasías. Le gustaba imaginar que la iglesia que se erigía al pie de la cuesta en la que estaba su casa era el castillo de Rupert. Y Rupert era como ella porque también era hijo único. Vivía en una pequeña cabaña con mamá y papá. Salía a jugar con sus amigos, se divertía y volvía al final del día a cobijarse en su casita que tenía una chimenea. Me sentí sumamente conmovida por sus palabras.

La atmósfera en las sesiones cambió a medida que me iba permitiendo atravesar el muro que había levantado y me dejaba vislumbrar su mundo íntimo. A menudo sonreía cuando me contaba acerca de la forma en la que se relacionaba con sus juguetes. Hacía ademanes con los brazos e inclinaba la cabeza al explicarme la forma en la que jugaba con los ositos de peluche. Resquebrajado el muro, se inauguraba un espacio rebosante de posibilidades en el que no interpretaba sino que compartía con Berta su mundo interior, prestaba oídos a las fantasías que surgían por asociación y me unía a su juego en las sesiones. Jugando cuando era mi turno, se me permitía pensar sobre Berta pero no formular interpretación alguna. Era para mí un ir y venir constante entre el juego al que las dos jugábamos

y mi diálogo interior. En una sesión me habló de un oso muy especial llamado Paddington y pensé mientras la escuchaba que ese osito, procedente del más oscuro y recóndito Perú, tenía colgado un cartel que decía "¡Cuiden de este oso, por favor!" Mientras pensaba en eso, ella mencionó el cartel, la procedencia del más oscuro y recóndito Perú y la debilidad de Paddington por la mermelada. Sonreí al escucharla. Me miró y sonrió también. Dijo que seguramente yo había oído de ese osito. Berta piensa: Ella soy yo y yo soy ella. Además, por el hecho de venir del Perú, yo misma podía ser por un instante en la mente de Berta el propio Paddington, relleno de algodón y lana, y al instante siguiente ser su analista pensante, mujer y madre. En otra ocasión, le dije que tal vez sus juguetes le traían recuerdos de la niñez, recuerdos de tiempos en los que había sido feliz con sus padres y especialmente con su madre, a la que quizás echaba de menos. La insistencia de Berta en los memorandos podría interpretarse como un intento por mantener vivos los recuerdos. Empezó a llorar por primera vez mientras me decía que de pequeña sentía que ella era lo más importante del mundo para su madre: "la niña de sus ojos". Sentía que al crecer ella su madre se había ido mostrando retraída y había comenzado a otorgar mayor importancia a su padre, al que Berta había considerado siempre un temible rival.

Esta intervención tuvo una repercusión importantísima en mi paciente y también la tuvo en mí. Sentía que empezaba a deshelarse el durísimo eje que constituía su interior. Ese eje le había servido precariamente para defenderla de su temor al desmoronamiento psíquico. Berta empezó a sentir que dependía de sus sesiones y del vínculo estrecho que había establecido conmigo.

Comenzó a traer sueños en los que figuraban seres vivos, y ya no los personajes de los cuentos infantiles. Mostraba gran ansiedad y su cuerpo era fuente de abrumadora preocupación. Temía enfermar de verdad y que no hubiera nadie que pudiera cuidar de ella ("¡Cuiden de este oso, por favor!"). Tras su segundo año en análisis pudo echarse en el diván y compartir sus temores conmigo. Logró decirme que al comienzo de su análisis se había hecho de oídos sordos, lo cual la había salvado del suplicio de escuchar mi voz, pero que no había contado con que muchas veces yo me quedaría simplemente junto a ella en esos lapsos de silencio sin decir nada, como si respetara algo muy íntimo en ella. Dijo que venir al consultorio y permanecer en silencio le había hecho sentirse segura allí y que, paulatinamente, había llegado a confiar en mí.

Discusión

Deseo subrayar el concepto de lo femenino al abordar las cuestiones del ser y la identidad y explorar el tema del aspecto femenino que se origina en una organización genital de la pulsión.

Cuando comenzó el tratamiento, mis interpretaciones no eran sino palabras que se llevaba el viento. Esperar pacientemente a que llegara el momento preciso para sugerir interpretaciones revistió la máxima importancia. Fui capaz de llevar a cabo, por un lado, un proceso de escucha que implicaba aspectos externos, gracias al cual escuchaba el silencio de mi paciente, y, por otro lado, un proceso interno de escucha que me conectaba con sentimientos de soledad y aislamiento. Un proceso interno gradual de elaboración me permitió simultáneamente incorporar a Berta y su ser auténtico. Me permití ser yo misma con ella y me guíé tanto por el pensamiento como por la intuición.

Sostengo que le ofrecí un objeto materno que cobró forma cuando percibí gracias al *insight* lo que era pertinente para ella. Creo que en ese preciso momento pasé a ser un objeto real para Berta, es decir, un objeto real que ella podía reconocer. Cuando tracé un paralelo entre su cuerpo relleno de lana y algodón, por un lado, y los juguetes de peluche, por otro, pudo reconocermelo como alguien que la comprendía. Descubrió entonces una familiaridad simbólica que nunca antes había sido capaz de encontrar en ninguna de mis palabras.

Como propone Winnicott (1971), uno podía percibir en ella la ausencia de ser, es decir, una cesura en el estado de ser. El hecho de que yo fuera un objeto materno despertó en ella el sentido de ser y permitió que Berta fuese yo, según Winnicott. En el preciso momento en que se estableció la fusión simbiótica original, se produjo la restauración de aquello que había sido abortado y congelado. Fui capaz de señalar el momento preciso en el que había sido abortada mentalmente por una madre que había dejado de reconocerla. Se restauró un lazo fusional conmigo. El vínculo que nos unía a ella y a mí hacía que ella y yo constituyéramos un objeto único. Al reconocer los objetos que ella había reconocido en los peluches, ella permitió que me transformara en una parte de ella, y era una parte de ella que hablaba en su nombre.

Fueron de la mayor importancia las diversas actualizaciones transferenciales que ofrecieron la oportunidad de reorganizar identificaciones y dotarlas de nuevo de un sentido preciso. Contribuyó también a este proceso la labor analítica a nivel de contratransferencia que me permitió dar forma a lo que Berta comunicaba con su silencio y otorgarle sentido.

Winnicott (1971) plantea un estadio primitivo de falta de integración al inicio de la vida y subraya que en su momento temprano la unidad madre-hijo es una configuración entorno-individuo. El entorno es una condición necesaria que contribuye a que el ser surja del no ser.

Logré demostrarle a Berta a través de los juguetes de peluche que yo era consciente de mi presencia reflejada. Winnicott (1971) creía que el ser podía surgir de una relación y que esa relación podía transformarse en una búsqueda del propio *self*. Parece haber una conexión entre morir y reflejar como forma de

renacer a través de la presencia del otro, que se percibe como oportunidad de supervivencia, especialmente cuando el otro integra los fragmentos muertos en una nueva unidad dotada de vida.

* * *

El ser no puede alcanzarse desde un punto de vista estático. El ser implica algo básico, según Winnicott (1971), de la misma forma en la que la creatividad no puede relacionarse con nada más estrechamente que con el *self*. El ser se vincula siempre con el seguir siendo, que se advierte en todas las características de la creatividad y no ha de detenerse nunca.

Winnicott (1971) vincula la creatividad a la transmisión de un elemento femenino puro en la madre. La situación de identidad primaria no es solo de fusión sino también de transfusión. En esta última, el ser de la madre se transmite al niño. El ser está ya en el bebé pero en tal estado de no integración que es la madre la que tiene que reflejarlo y es ella la que siente y comprende lo que le ocurre al niño.

No juzgo problemática la concepción de Winnicott (1971) pero tal vez deseo poner en tela de juicio el concepto de un elemento femenino puro, sin pulsión, y recordar asimismo a André Green (2015), quien se ha preguntado de qué forma puede concebirse la relación corporal recíproca con el cuerpo externo del infante sin plantearse una referencia a la pulsión.

* * *

A riesgo de parecer que nos dejamos llevar por el significante, diré que 'Pooh Bear' (pu'ber) casi repite en anagrama los sonidos de 'P e r ú' y que las cuatro primeras letras de 'Rupert' son una inversión quiásmica de Pe-ru. El origen del personaje Paddington no requiere explicación. Fue mera coincidencia que los objetos de la paciente terminaran siendo sustituidos por el objeto de una analista peruana y fue gracias a un contexto cultural más amplio que 'el más oscuro y recóndito Perú' se percibiera como *locus* del inconsciente.

Referencias bibliográficas

- Green, A. (2015). *Play and Reflection in Donald Winnicott's Writings*. London: Karnac
- Winnicott, D. W. (1965). *The Maturational Process and the Facilitating Environment*. London: Hogarth.
- _____. (1971). *Playing and Reality*. London: Tavistock Publications.

Resumen

En este artículo se detalla la forma en la que una paciente retraída de 35 años pudo conquistar en su análisis el sentido de existir, y la restauración de lo femenino en ella a través de objetos desprovistos de órganos y carentes de género. Se explica cómo la analista, tras un largo lapso de silencio, pasó a ser un objeto materno y cómo la paciente, que se sintió reconocida, recuperó la vida que le había sido negada y logró recrearse en un ámbito de creatividad.

Palabras clave: creatividad, elementos masculino y femenino, entorno, no-integración, pulsiones, ser, seguir siendo

Abstract

This paper studies how a withdrawn 35 year old patient was able to conquer the sense of being and how the female elements were restored via organless and genderless objects. The paper explains how the analyst, after prolonged bouts of silence, became a maternal object, and how the patient, who felt recognized, recovered the life she had been denied and was able to recreate herself in a realm of creativity.

Key words: being, creativity, drives, environment, going on being, male and female elements, unintegration